



RECOLECCION

Nota de la Redacción.

Las últimas estrofas de esta bella poesía, escrita hace varios años, parecen redactadas para las espléndidas comuniones generales de la Semana Santa de 1940. Por eso la ofrecemos a nuestros lectores en este número, aromado con el recuerdo consolador de los días santos.

Tierra venezolana,
rasgada por el surco largo y hondo,
y un puñado de granos que mañana
se abrirán en triguero granado y blondo.

Alma venezolana
abierta por el surco del ideal,
puñado de ilusiones que mañana
se abrirán en divina realidad.

Revuelo vocinglero de turpales,
clara diáfandad de cielo azul,
llamarada de rojos bucarales,
color y música, montaña y luz.

Alma criolla, revuelo de alegrías,
claro azul de amistad,
guitarra sensitiva de armonías,
púrpura floración de santidad.

Sobre la patria ya pasó el verano,
—se recuerdan los campos de Booz—
en triguero se trocó el rubio grano,
se oye el canto de la recolección.

Empezó la molienda en el molino,
muerte de espigas va cantando el río:
lo humano va muriendo en lo divino,
se tornó claro el corazón sombrío.

La espiga rubia se trocó en albura,
Tiene la hostia claridad de nieve;
de la neblina que anidó en la altura
el alma es un girón diáfano y leve.

Dorado trigo de la patria mía
en el cuerpo de Cristo convertido,
de mis tierras palpita en mi el latido
de esperanza, de amor y poesía.

Alma venezolana,
eres alma de Cristo, se te dió
su palabra, su cuerpo y su perdón:
la esperanza lejana
se abrió en la realidad divina de hoy.

PBRO. L. E. HENRIQUEZ.